

11 Escuela esotérica

I

El complicado sistema de pensamiento, conducta y desarrollo psicológico, enseñado por Gurdjieff y su principal discípulo, Ouspensky, fue denominado a menudo por ellos y sus discípulos *la Obra*. Con el fin de ahorrar espacio y trabajo, seguiré su ejemplo. Para empezar, diré que es sorprendente la escasa atención pública que se ha prestado a la Obra. Se ha escrito mucho acerca de ella desde dentro—yo mismo debo de poseer, por lo menos, veinte de tales libros—, pero, que yo sepa, no se ha escrito nada de importancia desde fuera. Si existe un examen crítico y desinteresado de las ideas y enseñanzas de Gurdjieff, nunca he tropezado con él. Hay dos razones para que encuentre sorprendente esta negligencia.

La primera consiste en que, a partir de los primeros años de la década de 1920, se constituyeron grupos dedicados al estudio de la Obra en París, Londres y probablemente otras capitales europeas, en Nueva York, en la Ciudad de Méjico y en diversos lugares de Sudamérica. (Como la Obra carecía de una organización central y jamás se anunció a sí misma—hecho digno de recordarse—, dudo que exista en ninguna parte una lista completa de sus grupos.) La segunda razón, aunque aquí solo pueda referirme a los grupos británicos, consiste en que, aunque su número pueda no haber sido impresionante, su calidad sí lo fue. Y hay que rechazar la idea de que fuese un movimiento sostenido por mujeres ricas y estúpidas, en beneficio de unos charlatanes.

Sin duda, entraron y salieron de la Obra algunas personas lerdas. Pero, para no mencionar más que a dos de sus estudiosos, ya fallecidos, A. R. Orage, en tiempos el más brillante director periodístico de Gran Bretaña, y Maurice Nicoll, discípulo de Jung y luego distinguido especialista de Harley Street, no eran precisamente hombres lerdos. Y, ciertamente, la Obra pudo siempre proporcionarse edificios adecuados, ya que podía contar con los servicios de arquitectos, ingenieros, expertos profesionales. El nivel de los más devotos estudiosos de Gurdjieff y Ouspensky, fue muy elevado. Para estudiar este movimiento nadie tendrá que hacer una visita a barrios intelectualmente bajos.

Hago estas puntualizaciones simplemente por

sentido de equidad. Nunca fui yo miembro de ninguno de esos grupos: nunca vi a Gurdjieff ni a Ouspensky, y mi conocimiento con sus principales sucesores en la Obra ha sido muy limitado. Pero es preciso eliminar cierta cantidad de desperdicios, depositados por la ignorancia y el prejuicio. Es verdad que la Obra tiene un fondo semioriental, proveniente de misteriosas fuentes de Asia Central, donde se supone que Gurdjieff (especie de mago humorista, que disfrutaba con complicadas mixtificaciones) pasó años en busca de verdades esotéricas, de antigua y secreta sabiduría. Pero la Obra está muy lejos de las usuales doctrinas blandas y sentimentales del Pensamiento Superior, la Teosofía y demás. Es dura, exigente, hoscamente asentimental.

Insiste en que los hombres realicen esfuerzos incansables para librarse de un sueño despierto o de ser meras máquinas, para hacerse plenamente conscientes, para erigir un «yo» central y dominador, en lugar de una veintena de «yoes» contradictorios, para desembarazarse de manirrota y estúpidas emociones negativas, para hacer que la «esencia» se desarrolle a expensas de la falsa «personalidad», y para que no se imaginen que se hallan en fácil posesión de almas inmortales, sino que crean que, al final, tras un esfuerzo sin descanso, acaso puedan crear en sí mismos tal alma indestructible. (Es, de hecho, una especie de cristianismo esotérico, y los lectores interesados por este aspecto deben examinar las obras de Maurice Nicoll, tituladas *The New Man* y *The Mark*, en que se reinterpretan los Evangelios.)

Ojalá dispusiera aquí de espacio para exponer aunque solo fuese un resumen del sistema psicológico de Gurdjieff y su complicada y fascinante cosmología, pero nuestro tema es el Tiempo y a él hemos de atenernos. Solamente añadiré—como extraño, como simple lector que nunca fue miembro de los grupos instruidos personalmente (lo cual se consideraba esencial)—que, mientras parte de la Obra me parece tan dudosa como la pretensión de Gurdjieff de haber rescatado esta «antigua sabiduría» de innominados y remotos monasterios de Asia central, Gurdjieff revela a menudo una penetración asombrosa y original, y parte de su «trabajo sobre sí mismo» más simple, pro-

duce, en efecto, algunos resultados excelentes. Ya fuese Gurdjieff un nuevo maestro y profeta o un excéntrico del Cercano Oriente, dos tercios genio, un tercio charlatán, lo cierto es que sabía mucho más que la mayoría de nosotros respecto a nuestra común humanidad.

Pero tenemos que volver al Tiempo. Y esto nos lleva a Ouspensky. Era un periodista ruso, autor, conferenciante, que tenía cierto conocimiento de las ciencias y las matemáticas, pero que estaba principalmente interesado por lo que él llamaba «lo milagroso» y por la posibilidad de descubrir alguna «escuela» esotérica (término de mucha importancia después de la Obra), en la cual los iniciados recibirían instrucción personal. (Años más tarde, cuando daba conferencias en los grupos de Londres, al procedimiento se le rodeaba de un aire, muy ruso, de misterio completamente innecesario.) Acababa de terminar un largo viaje por Oriente cuando estalló la primera guerra mundial:

Me dije entonces que la guerra debía ser considerada como una de esas situaciones generalmente catastróficas de la vida, en medio de las cuales tenemos que vivir y trabajar, y buscar respuestas a nuestras preguntas y nuestras dudas. La guerra, la gran guerra europea, en cuya posibilidad no había querido creer yo y cuya realidad no quise reconocer durante mucho tiempo, se había convertido en un hecho. *Estábamos en ella*, y comprendí que debía ser tomada como un gran *memento mori*, mostrando que era necesario apresurarse y que era imposible creer en una «vida» que no llevaba a ninguna parte...

En el año 1915, se encontró en Moscú con Gurdjieff, que había ido a Rusia para enseñar en algunos grupos, y pronto se halló bajo el hechizo de aquella personalidad poderosa y enigmática. Ambos hombres eran, obviamente, tipos muy distintos. Ouspensky, libresco y solemne; Gurdjieff, enormemente más experimentado, con una naturaleza más exuberante y cálida, ladino y humorista, un Autólico convertido en hechicero y sabio. Cuando, después de la Revolución rusa y en el curso de la guerra civil, Gurdjieff tenía que conducir a su grupo de seguidores por las estepas del Cáucaso, donde combatían rojos y blancos, declaraba fríamente que se disponían a buscar oro en aquellos alrededores, dondequiera que se hallasen, y de ese modo consiguió que no les molestasen, y a menudo les ayudasen, los miembros de ambos ejércitos. (Con personas revestidas de autoridad o pesquisidores no gratos, Gurdjieff

gustaba de hacerse pasar por hombre un tanto simple y estúpido, un viejo mercader de alfombras muy lejos de su hogar. Hay un relato inocentemente revelador de esta ficción en *Dios es mi aventura*, de Rom Landau.)

Ouspensky aceptó pronto, sin reservas, la autoridad de la enseñanza de Gurdjieff, y se convirtió en el exponente más adelantado de la misma. Pero gradualmente fue estableciendo una distinción entre Gurdjieff como hombre y la Obra misma. En 1922, cuando Gurdjieff había abierto su célebre Instituto en Fontainebleau, Ouspensky ya se había instalado en Londres para trabajar con sus propios grupos. Permaneció en Londres durante cerca de veinte años, se marchó a América durante la guerra y luego regresó a Inglaterra, donde murió en 1947.

(Se ha observado que los personajes dirigentes de estos grupos Gurdjieff-Ouspensky, tan resueltamente entregados al auto-desarrollo, no estaban libres, en modo alguno, de desavenencias, agrias disputas y abiertas penencias. No contribuirían mucho a mejorar las cosas la fría reserva y el severo autoritarismo de Ouspensky, quien probablemente jamás se sintió a gusto en Inglaterra y se negó a todo el mundo, excepto a algunos de sus asociados más íntimos. Sin embargo, justo es añadir que la Obra misma, tras un largo período de incuestionable pupilaje, alentó a los hombres a emprender el camino de la independencia. Y los insultos y súbitas iras de Gurdjieff eran parte de su táctica, obligando a sus principales seguidores a mantenerse por sí mismos y a alejarse, para que sacasen de su sistema todo lo que pudieran, libres de su influencia directa. Ahí había un hombre notable.)

Algo habrá que decir respecto a Gurdjieff, debido a su influencia sobre Ouspensky. Sin embargo, el importante aquí es Ouspensky, precisamente porque es él y no Gurdjieff quien está relacionado con el problema del Tiempo. Gurdjieff—y digo esto solamente sobre la base de lo que he leído—no parece haber sentido nunca esta preocupación. Se ha presentado bastante evasivo, sin asentir plenamente a las teorías de Ouspensky, ni negarlas por completo. Pero, mientras las teorías del Tiempo como tales no tuvieron parte en la Obra, el «Implacable Heropass», que tiene un siniestro papel cosmológico en su *All and Everything* [*Todo y cada cosa*], puede ser considerado como simbólico del Tiempo. Además, se nos dice que